

LA FORTALEZA

MEŠA SELIMOVIĆ

TRADUCCIÓN DEL SERBIO Y NOTAS
DE MIGUEL ROÁN



TÍTULO ORIGINAL: *Tvrđava*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Maša Selimović
© de la traducción, Miguel Rodríguez Andreu, 2022
© del epílogo, Miguel Rodríguez Andreu, 2022
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2022
© de la imagen de cubierta: Fuad Arifhodžić, *Sarajevo's Old Bazaar in Winter III*,
The Art Collection of the Bosniak institute - Adil Zulfikarpašić's Foundation, Sarajevo, 2022.

Derechos exclusivos de traducción en lengua española para todo el mundo:
Automática Editorial S.L.U.



Este libro se ha publicado con una ayuda del Ministerio de Cultura e Información de la República de Serbia.

ISBN: 978-84-15509-79-0
DEPÓSITO LEGAL: M-28754-2022

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Kadmos

Primera edición en Automática: diciembre de 2022

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

LA FORTALEZA

MEŠA SELIMOVIĆ

TRADUCCIÓN DEL SERBIO Y NOTAS
DE MIGUEL ROÁN



ÍNDICE

1. LAS CIÉNAGAS DEL DNIÉSTER — 13
2. TRISTEZA Y RISA — 25
3. FELICIDAD, NO OBSTANTE — 43
4. EL PAÍS ENEMIGO — 73
5. EL ESPACIO VACÍO — 99
6. UN VERANO EXTRAÑO — 131
7. EL HIJO MUERTO — 157
8. EL HÉROE QUE TEME A LA SOLEDAD — 177
9. FLAUTAS PARA NIÑOS — 195
10. EL JOVEN DE CORAZÓN PURO — 219
11. NO QUIERO PENSAR EN RAMIZ — 239
12. TRISTEZA Y FURIA — 265
13. EL RESCATE — 289
14. EL PODER DEL AMOR — 323
15. PADRE E HIJO — 349
16. EL EPITAFIO — 385
17. EL ETERNO RASTREADOR — 415
18. MUERTE EN VENECIA — 443
19. LA FORTALEZA — 467

EPÍLOGO — 477

A Maša y Jesenka

LAS CIÉNAGAS DEL DNIÉSTER

No puedo contar qué es lo que pasó en Jotín,¹ en la lejana tierra rusa. No porque no lo recuerde, sino porque no quiero hacerlo. No vale la pena hablar de las espantosas matanzas, de los hombres aterrorizados, de las barbaridades cometidas en ambos bandos. Mejor no recordarlo, ni lamentarlo ni glorificarlo. Lo mejor es olvidarlo. Que la memoria de todo lo desagradable muera para que los niños no coreen canciones de venganza.

Solo diré que he retornado. Si no lo hubiera hecho, no estaría escribiendo esto y nadie sabría qué fue lo que realmente sucedió. Lo que no está escrito no existe, y ya es cosa del pasado. Nadé en un Dniéster crecido por la lluvia y así es como logré salvarme. Los demás fueron aniquilados. Conmigo regresó el mulá² Ibrahim, nuestro secretario militar, con quien,

1 Jotín se encuentra en el oeste de Ucrania, en la orilla sudoriental del río Dniéster. En 1769, durante la guerra ruso-turca, la armada rusa y la otomana se enfrentaron en las orillas del río. Los rusos expulsaron a la guarnición otomana de la Fortaleza de Jotín, pero fue devuelta a los otomanos en 1774 en virtud del tratado de paz de Küçük Kaynarca. En 1788, el Ejército ruso volvería a tomarla.

2 Dentro de la cultura islámica, la palabra «mulá» se refiere a una persona versada en el Corán.

a lo largo de esos tres meses de vuelta a casa, a nuestra lejana tierra patria, entablé una buena amistad. Me acompañó porque, nadando, arrastré su bote perforado fuera de la peligrosa corriente, y lo llevé a costas la mitad del recorrido, enfermo, animándolo a continuar cuando se derrumbaba de rodillas o yacía de espaldas, mirando, inmóvil, el apagado cielo ajeno, deseando la muerte.

De regreso, no hablé a nadie de Jotín. Tal vez fuera porque me sentía cansado y confundido. Las vivencias de Jotín me parecían extrañas, como si hubieran ocurrido en una existencia remota y yo mismo hubiera sido otra persona, no la que miraba con los ojos colmados de lágrimas, sin apenas reconocerla, su ciudad natal. No me compadecía, ni estaba herido, ni me sentía engañado, solo estaba vacío y desconcertado. Cuando renuncié a mi puesto de maestro y dejé a los niños a los que había enseñado, partí en busca de algo de luz y de gloria, pero caí en el barro, en los interminables pantanos del Dniéster que rodean Jotín, entre piojos y enfermedades, heridas y muerte, en una desdicha humana indescriptible.

De ese milagro que los hombres llaman guerra, recuerdo innumerables detalles y solo dos acontecimientos. Hablo de ellos no porque sean más graves que el resto, sino porque no encuentro la manera de borrarlos de mi mente.

El primero se refiere a una entre muchas batallas. Estábamos combatiendo para acceder a una fortificación de adobe y tierra. Muchos habían perecido, tanto en su bando como en el nuestro, en los pantanos que la rodeaban, en las aguas negras que se volvieron de un color castaño oscuro debido a la sangre; olía a raíces viejas y a los cadáveres putrefactos abandonados a su suerte. Y cuando tomamos el frente, volándolo con los cañones y con las vidas de los nuestros, me quedé allí, agotado. ¡Qué sinsentido! ¿Qué es lo que habíamos logrado y qué habían perdido ellos? Tanto a unos como a

otros nos rodeaba el único ganador: el silencio absoluto de la tierra ancestral, indiferente a la miseria del hombre. Aquella noche, me agarré la cabeza con las manos, sentado en un tronco húmedo delante de un fuego que nos escocía en los ojos, ensordecido por el griterío de los pájaros de las ciénagas, asustado por la densa niebla de los pantanos del Dniéster que nos envolvía tenazmente en el olvido. Ni siquiera yo tengo claro cómo, aquella noche, conseguí sobrevivir al horror que me abrumaba y que vivía en mí, y al más profundo pesar por la derrota que acompaña a la victoria. En esa oscuridad, en la niebla, en los gritos y los silbidos, en la desesperación para la que no encuentro razón, en esa larga noche de insomnio, en el miedo negro que no procedía del enemigo, sino de algo en mi interior, renací como soy hoy: inseguro de mi ser y de todo lo que es humano.

El segundo acontecimiento es desagradable y no puedo deshacerme de él. A menudo está ahí, dentro de mí, hasta cuando no lo deseo. Todo me lo recuerda, incluso lo que se opone a él: la risa alegre de alguien, el arrullo de paloma de un niño, una tierna canción de amor. Y mis recuerdos empiezan siempre por el final, no como los cuento ahora, así que, tal vez, algo de esto no sea del todo cierto, pero no lo entenderían de otra manera. En la tercera compañía, una docena de sarajevitas nos manteníamos unidos por el miedo a un país desconocido, a un enemigo desconocido y a unos soldados desconocidos. Cada uno de nosotros albergaba en su interior algo del otro, algo íntimo. Mediábamos entre nosotros como si fuéramos conductores de pensamientos sobre la familia y la patria, nos mirábamos mudos y asombrados: ¿Qué era lo que buscábamos en una tierra extraña donde solo nos esperaba la desgracia propia y ajena? Me uní a ellos como si fueran mi hogar. Eran gente corriente, buena. Alguno había venido a la guerra porque quiso, otros porque no tenían más opción.

El agá³ Ahmet Misira, sastre, a quien solo recuerdo borracho, hacía tiempo que quería convertirse en agá, pero, nada más conseguirlo, lo reclutaron inmediatamente para la guerra, a la que seguro no quería ir. El viejo gruñón de Hido, vendedor ambulante, había escapado de la pobreza. El musculoso Mehmed Pecitava, siempre con el pecho desnudo, maldijo en los términos más groseros tanto a la guerra como a quien la había inventado y a sí mismo por alistarse, pero nunca reveló sus razones para hacerlo. Ibrahim Paro, encuadernador, con el labio superior partido, que dicen que es el signo de un hombre con suerte, tenía tres mujeres en Sarajevo y bromeaba con que había huido de las tres. Los dos hijos del barbero Salih de Alifakovac⁴ habían querido rehuir el oficio de barbero, aunque uno de ellos, el mayor, había traído de la barbería de su padre una navaja de afeitar, pero la guardaba solo para él y por nada del mundo la usaría con nadie más. El *hach*⁵ Husein, conocido como Pišmiš, se había endeudado y había buscado refugio en el ejército. El agá Smail Sovo, herrero, vino con nosotros bajo los efectos de la bebida y el entusiasmo, pero el entusiasmo se evaporó rápidamente, en cuanto lo hizo la bebida. Avdija Suprda, prestamista en tiempos de paz, era el *bajraktar*⁶ en la guerra, un hombre bueno y honrado en ambos oficios, y no se sabe cuál es el peor.

Y todos perecieron. Ahmet Misira fue agá por poco tiempo, y lo pagó caro. Ibrahim Paro se libró para siempre de sus esposas. Lo remataron tres rusos, uno por cada esposa. Husein Pišmiš pagó todas sus deudas terrenales con la cabeza hundida en un pantano del Dniéster. El mayor de los dos

3 Agá es un título otorgado a funcionarios militares de la Administración otomana, que a lo largo del tiempo también sería concedido a terratenientes o figuras representativas de la comunidad.

4 Distrito de Sarajevo.

5 Título otorgado a aquellas personas que han peregrinado a La Meca.

6 Alférez.

hermanos se degolló con una navaja una madrugada en un pueblo ucraniano donde habíamos pasado la noche.

Aparte de mí, solo regresaron el agá Smail Sovo y el *bajraktar* Avdija Suprda. El agá Smail huyó a su casa antes del final de la guerra; desapareció una noche y, al cabo de unos meses, justo cuando terminó la guerra, llegó a Sarajevo, loco de preocupación por su mujer y sus tres hijos. Apenas pudieron identificarlo pero, cuando lo hicieron, lo ahorcaron de inmediato por desertor. Avdija Suprda, el *bajraktar*, un héroe que no temía a nada, que había sobrevivido a cien cargas y que había salvado la piel de un enjambre de mil balas, cuando regresó tras la disolución del ejército, se dedicó a la fruticultura en su pueblo, Lasica. Se cayó de un peral y murió.

Así que, aquí estoy, el único que sigue vivo habla de los que están muertos. Aunque, a decir verdad, me alegro de que sea así, en lugar de que vivan para hablar de mí estando yo muerto, sobre todo porque no sé lo que dirían de mí, como ellos no saben lo que diría yo de ellos. Han hecho su parte y ya no queda ni su sombra. Solo quedará lo que yo, con o sin razón, cuente de ellos.

Y así, esta docena de hombres de Sarajevo, como otros miles, conquistaron algo que no necesitaban, y lucharon por un imperio, sin pensar que el imperio no tenía nada que ver con ellos, ni ellos con el imperio. Este es un hecho que aprendieron más tarde sus hijos, por los que nadie movió un dedo. Durante mucho tiempo me atormentó ese pensamiento inútil: qué estúpido e injusto es que tantos hombres buenos perecieran por una fantasía de la que no conocían ni el nombre. ¿Qué hacían en la lejana Rusia, en el lejano Dniéster? ¿Para qué fue allí el sastre Ahmet Misira, el encuadernador Paro o los dos hijos del barbero Salih de Alifakovac? ¿Qué pintaba el herrero Sovo? ¿Y el vendedor ambulante Hido? Y si se hubieran aferrado a ese maldito Jotín, o hubieran tomado otra tierra, ¿qué habría cambiado? ¿Habría habido más justicia o menos

hambre? Y de haberla habido, ¿no se habría atragantado la gente con cada bocado ganado con el sufrimiento ajeno? ¿Habrían sido más felices? De ninguna manera. Algún otro sastre como Misira habría cortado telas, encorvado a causa de la tarea, y luego habría partido a morir a algún pantano desconocido. Los dos hijos de algún barbero de Alifakovac, unidos por el amor fraternal, se precipitarían a desaparecer en algún otro Jotín y en algún otro Dniéster.

El sabio mulá Ibrahim decía que esto no era ridículo ni injusto, era nuestro destino. Si no hubiera guerras, nos masacraríamos entre nosotros. Por eso todo imperio sensato busca un Jotín para liberar la mala sangre de las masas y desprenderse del descontento acumulado. No existe otro beneficio ni otro perjuicio, ya sea por la derrota o la victoria. Porque ¿quién ha permanecido alguna vez cuerdo después de una victoria? ¿Y quién ha extraído alguna experiencia de la derrota? Nadie. Las personas son niños malvados, malvados en la acción e infantiles de mente. Y nunca será de otra manera.

Yo no estaba de acuerdo con el mulá Ibrahim, al menos no en todo, y durante mucho tiempo no pude reconciliarme con la muerte de los compañeros en los pantanos de Jotín. Me parecía inaceptable, casi absurdo, como si alguna fuerza irracional y temible estuviera jugando con la gente. No podía librarme de la pesadilla de la memoria, había caído bruscamente del pacífico aburrimiento de la enseñanza a la cruel verdad de la muerte. Y el mulá Ibrahim afirmaba que todo estaba en orden mientras yo culpaba a alguna fuerza irracional. Sería peligroso que buscara un culpable terrenal.

Pero ni el mulá Ibrahim, que lo sabía todo, ni yo pudimos explicar el suceso que voy a relatar a continuación. En efecto, los hombres se transformaron en los largos meses de guerra, se volvieron más toscos, más despiadados, tal vez por la

interminable distancia que los separaba de sus hogares, tal vez por la crueldad que imponía la guerra y la constante proximidad de la muerte; y entonces resulta sorprendente ver que, en un momento, podía cambiar tanto la gente, y uno se preguntaba asombrado: «¿Quiénes son estas personas? Es imposible que sean aquellos hombres que conocí hace dos años». Como si la guerra los hubiera infectado demasiado tiempo, y el mal que habitaba en su interior, oculto hasta entonces y quizá desconocido incluso para ellos, hubiera brotado de repente, como una enfermedad.